



EDITORIAL

Para que ardan nuestros corazones

En las comunidades topamos diariamente con hermanas y hermanos ardientes y otros tibios; unos, alegres y buenos; otros, tristes y amargados. Unos, preocupados del bienestar de los demás, hablan de quienes les rodean; otros viven centrados en su mundo y hablan de sí mismos. Los primeros... entregados y sencillos; los segundos... acomodados y exigentes. Tampoco es difícil encontrarse con religiosas y religiosos muy piadosos y muy desagradables. ¿Dónde está el secreto de la diferencia? Con los autores y autoras de los artículos y experiencias de este número de TESTIMONIO, nos centramos precisamente en el cultivo de corazones ardientes.

Dentro y fuera de la vida consagrada, todos conocemos a hombres y mujeres de Dios. Seres humanos entregados y serviciales, disponibles... que contagian paz evangélica; mujeres y hombres sensibles a los que sufren, encarnan un trato respetuoso con quienes les rodean, además de una buena dosis de paciencia ante la fragilidad humana, propia y ajena. En contacto con ellos y ellas, percibes que hablan de lo que “han visto”. Son seres humanos que cuando los encuentras, simplemente deseas ser mejor. Aunque estén muy ocupados, si vas a verlos, te hacen sentir que eres lo único importante en ese momento. A esas personas no hay que preguntarles, hay que observarlas.

“Miren los lirios del campo”, aconseja Jesús... Yo puedo conocer en profundidad los lirios cuando llego a ser lirio. Si un periodista hubiera sido testigo de Belén, el Tabor o el Cenáculo, hubiéramos tenido más fotografías, pero no hubiéramos intensificado la experiencia de esos acontecimientos. ¿No será que también nosotros conocemos verdades

reportadas de la vida consagrada, y nos quedamos en eso? Y hasta podemos evadirnos teorizando, fabricando doctrina, o vivir como si la ética pudiera sustituir a la fe. Es la experiencia, la fe hecha vida propia, lo que me lleva a sentir arder el corazón.

En la vida religiosa, todo se pierde cuando se pierde lo importante. Aquello que un día nos entusiasmó, nos fascinó y nos puso en camino. Jesús, su evangelio, fuente de ese fuego que, al paso del tiempo, espera perdurar con la misma energía telúrica. Pero nos acechan la costumbre, la rutina, el profesionalismo... todo aquello que lleva a calcular nuestra fidelidad a Dios más por cumplimientos.

¿No será que en el devenir de la vida cotidiana estamos preocupados por presentarle al Señor nuestra casa bien adornada y nuestras manos llenas de buenas obras, en vez de una casa abierta, limpia, acogedora, y unas manos vacías, desgastadas? En la práctica nuestras mediocridades nos llevan a instalarnos en la incoherencia viviente o en la ficción más o menos consciente, y ahí se nos debilita el profetismo. Vamos encarnando esa cierta situación de tedio, que pudiera dibujarse hoy en el panorama de la vida religiosa, y que de hecho nos lleva a adoptar las cualidades del agua: inodora, incolora, insípida y tibia. La invitación radical de Jesús al seguimiento quedaría simplemente reducida a algo honesto y razonable.

“Lloren por ustedes y por sus hijos” ... por sus cobardías y rutinas suicidas, por sus estrecheces de miras, por su falta de horizontes vitalizantes, de coraje, de genio redentor... por sus mediocridades. Lloren por lo que no son, por aquello que no acaban de llegar a ser. Todo colectivo humano está llamado a mirarse en el espejo para ver las propias arrugas. Es hora de reciclar las propias pobrezaas como urgencias a una profunda purificación de todo lo que no sea vida consagrada ni ayude a vivir consagradamente. De antemano podemos contar con la fuerza de la experiencia de vida que nos lleva a constatar que nada ha hecho volver hacia el cielo tantas miradas como la noche.

Precisamente desde la oscuridad de la noche reivindicemos un poco más de racionalidad de la esperanza o fe en camino hacia la meta que en ella divisamos, y un poco menos de esa demagogia que nos lleva a caer en panegíricos autocomplacientes con el propio estilo de vida. Es la esperanza de los testigos la que viene a rescatarnos y redimirnos, “arrancándonos de la mano de los enemigos”, para que nos “sintamos libres de temor”. La vida religiosa, hoy más que nunca, necesita testigos de la esperanza en un mundo desencantado. Hombres y mujeres

que, con frescura y ánimo renovado, logran sumergirse en la peripecia de cada día.

En la vida consagrada es la belleza, más que utilidad, la que hará arder los corazones. La belleza de descubrir a Dios y querer regalarle la vida solo por amor. La belleza que implica la pasión por las cosas de Dios. Cuidado, por consiguiente, con el activismo, que implica el peligro de ocultar la belleza en función de la utilidad. Es la experiencia de Dios –que no puede menos de producir alegría– lo decisivo en el ser consagrado. Corazones ardientes en consagrados y consagradas alegres.

Duden, dudemos, de lo que produce ansiedad o tristeza, de todo lo que no produzca gozo y humildad. No olvidemos que si la manzana es el lenguaje amoroso del manzano, la alegría es el lenguaje amoroso del consagrado. Religiosa, religioso... personas enraizadas en la experiencia de Jesús, que los lleva a vivir con el corazón ardiente. Al existir hombres y mujeres de fe extraordinariamente eficaz en el heroísmo cotidiano, que viven derramando días y fuerzas en buenas dosis de amor y evangelio, nos acompaña la seguridad de que árboles y amores, mientras tengan raíces, tendrán frutos y flores.

